

“Cuando la nieve habló”  
Jorge Hernández Gasset

En Huesa del Común, el invierno no avisa: se te mete en los huesos como un cobrador sin cita previa. Aquella noche, el frío era tan salvaje que hasta los perros habían pactado tregua con los gatos para meterse juntos en las cuadras. Pero no fue el frío lo que marcó la historia. Fue... lo otro, algo que venía de otros lares.

Todo empezó en el bar. Siempre empieza en el bar. Los viejos hablaban de luces en el monte, sobre el Castillo de Peñaflor. “Luces verdes”, decía el tío Matías, que tenía más dientes en el vaso que en la boca. “Como si los muertos hubieran montado verbena.” Los jóvenes se rieron, claro, hasta que alguien dijo:  
—Pues id a mirar, valientes.

Lucía fue la única que aceptó. No porque fuera valiente, sino porque, como decía su abuela, “la curiosidad no mató al gato... lo dejó raro”.

Salió de la plaza cuando el reloj marcaba la medianoche. El Almadeo estaba medio helado, negro como pecado de cura. El silencio era tan gordo que pesaba en los oídos. Lucía cruzó el puente, soplando vaho como si echara el alma por la boca.

Entonces lo vio: un resplandor verde, flotando entre los chopos. No como faros ni linterna. No. Aquello latía, como un corazón enfermo.

—¿Quién demonios enciende una bombilla en medio del río? —murmuró.

Avanzó despacio, el hielo crujía bajo sus botas. Y de golpe... ¡zas!, la luz se apagó. Como el sentido común cuando bebes anís del Mono.

Un crujido detrás de ella. Giró la cabeza. Y los vio.

Tres siluetas. Altas. Demasiado. Tan delgadas que daban ganas de darles un caldo. No tenían cara, pero Lucía sintió que la miraban. Que la leían, como si fuera el menú del día.

Retrocedió. Tropezó. Corrió hacia el pueblo con el corazón galopando como burro en feria. Entró en la plaza... y ahí fue cuando la cosa se puso rara de verdad.

Todas las casas estaban oscuras. Todas menos una luz. No en una ventana. En el campanario. Verde, intensa, ardiendo como un farol del infierno en rebajas.  
—Bueno, esto ya es de chiste —murmuró Lucía—. ¿Dónde está la cámara oculta?

Entonces lo oyó. Una voz. No era voz, era... aire que pensaba. Sonó dentro de su cabeza, como cuando tu madre te dice que te abrigues, pero en versión “pelos de punta”:

—Ya no estás sola, Lucía.

Ahí sí que quiso gritar. Pero nada. Solo aire congelado en la garganta. Algo se movió detrás de ella. Se giró. Nieve intacta... salvo por unas huellas. Largas. Profundas. Como si alguien con zancos del demonio hubiera pasado por allí.

Lucía quiso gritar de nuevo. Nada. Solo el frío mordiéndole el alma. Y en ese momento,

vio algo que no olvidaría jamás: el cielo. Negro, abierto... y las estrellas moviéndose. No como estrellas. Como si se acercaran.

Luego, silencio.

Al amanecer, el puente estaba vacío. De Lucía ni rastro tampoco en el Almadeo. Solo las huellas, que subían hasta el castillo. Y sobre las ruinas, una marca en la nieve. No letras, no símbolos. Un círculo perfecto, humeante, como si algo enorme hubiera aterrizado allí.

Desde entonces, los viejos del pueblo lo dicen entre risas y copas:

—Cuando veas la luz verde, no corras. Es peor que Hacienda.

Luego se miran y brindan. Dicen que cada invierno vuelven y que siempre falta alguien del pueblo:

"Pero, oye, así hay más sitio para aparcar en verano."